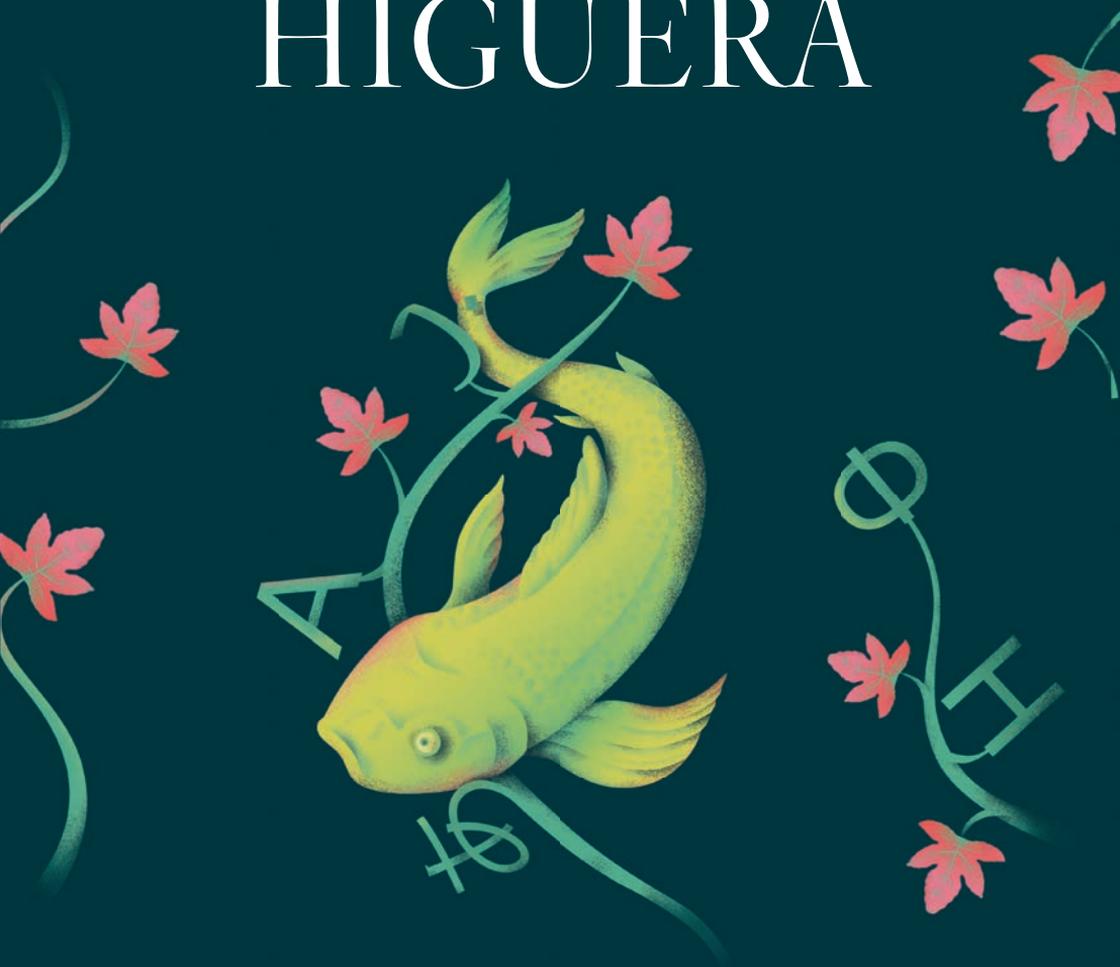


David Bellos

Un PEZ *en la*
HIGUERA



Una historia fabulosa
de la traducción

Ariel

David Bellos

Un pez en la higuera

Una historia fabulosa de la traducción

Traducción de Vicente Campos

Ariel

Título original: *Is That a Fish in Your Ear?*

Primera edición: octubre de 2012
Primera edición en esta presentación: junio de 2022

© 2011, David Bellos
© 2011, Les Éditions Albert René/Goscinny-Uderzo
(viñetas de las páginas 151 y 152)

© 2012, Vicente Campos, por la traducción

Publicado originalmente por Faber and Faber, Inc.,
sello de Farrar, Straus and Giroux

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3545-2
Depósito legal: B. 9.502-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado
como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Prólogo</i>	9
1. ¿Qué es una traducción?	13
2. ¿Es la traducción evitable?	17
3. ¿Por qué lo llamamos «traducción»?	31
4. Cosas que se dicen sobre la traducción	45
5. Ficciones de lo extranjero: la paradoja de «sonar a extranjero»	53
6. La competencia nativa: ¿es su lengua de verdad suya?	69
7. El significado no es cosa fácil...	79
8. ... Las palabras, aún menos	93
9. Comprender los diccionarios	107
10. El mito de la traducción literal	117
11. Cuestión de confianza: la larga sombra de la traducción oral	133
12. Corte a medida: cómo ajustar las formas	147
13. Lo que no puede decirse no puede traducirse: el axioma de la efabilidad	163
14. ¿Cuántas palabras tenemos para «café»?	175
15. Higueras en tierra de infieles: el eje vertical de las relaciones de traducción	185
16. Impactos de traducción	201
17. El tercer código: la traducción como dialecto	209
18. Ninguna lengua es una isla: la delicada cuestión de la L3	217

19. Flujos globales: centro y periferia en la traducción de libros	223
20. Una cuestión de derechos humanos: la traducción y propagación de la legislación internacional	239
21. <i>Ceci n'est pas une traduction</i> : la paridad lingüística en la Unión Europea	253
22. La traducción de noticias	267
23. La aventura de las máquinas de traducción automática	273
24. Un pez en su oído: la breve historia de la interpretación simultánea	285
25. Cada oveja (descarriada) con su pareja: la traducción del humor	299
26. Estilo y traducción	307
27. La traducción de textos literarios	319
28. Lo que hacen los traductores	329
29. Un paseo por las lindes: lo que no es la traducción	339
30. Tirad sobre el traductor	345
31. Identidad, similitud y correspondencia: algunas verdades sobre la traducción	349
32. <i>Avatar</i> : una parábola de la traducción	353
Adiós a Babel: a modo de epílogo	355
<i>Advertencias y agradecimientos</i>	369
<i>Notas</i>	371
<i>Índice temático</i>	391

¿Qué es una traducción?

Douglas Hofstadter se encariñó de este breve poema del escritor francés del siglo XVI Clément Marot:

<i>Ma mignonne.</i>	<i>Vitement,</i>	<i>Trop malade,</i>
<i>Je vous donne</i>	<i>Car Clément</i>	<i>Couleur fade</i>
<i>Le bon jour;</i>	<i>Le vous mande.</i>	<i>Tu prendras,</i>
<i>Le séjour</i>	<i>Va, friande</i>	<i>Et perdras</i>
<i>C'est prison.</i>	<i>De ta bouche,</i>	<i>L'embonpoint.</i>
<i>Guérison</i>	<i>Qui se couche</i>	<i>Dieu te doint</i>
<i>Recouvrez,</i>	<i>En danger</i>	<i>Santé bonne</i>
<i>Puis ouvrez</i>	<i>Pour manger</i>	<i>Ma mignonne</i>
<i>Votre porte</i>	<i>Confitures;</i>	
<i>Et qu'on sorte</i>	<i>Si tu dures</i>	

Es decir, en versión castellana que busca reproducir aproximadamente el sentido:

Pequeña mía,	deprisa,	la enfermedad
os deseo	pues Clément	pálida
buenos días.	os lo demanda.	te quedarás.
Encamada estáis,	Ve, golosa	y perderás
cual en celda.	tu boca	tus carnes.
Que la salud	se tuerce	Dios te dé
recuperéis	peligrosa	salud
luego abrid	para comer	pequeña mía.
vuestra puerta	confituras.	
y salid	Si se alarga	

Hofstadter envió una copia a muchos de sus amigos y conocidos y les pidió que lo tradujeran al inglés, respetando hasta donde fueran capaces las propiedades formales que él había identificado en el poema:

(1) 28 versos (2) de tres sílabas cada uno (3) en pareados (4) el último verso es igual que el primero (5) mediado el poema se pasa del formal [*vous*] al informal [*tu*] y (6) el poeta incluye su propio nombre en el poema.¹

Hofstadter, un científico cognitivo de la Universidad de Indiana, recibió docenas de respuestas a lo largo de los meses y años siguientes. Cada una era distinta, aunque todas, sin la menor duda, eran una traducción del pequeño poema de Marrot. Mediante este sencillo recurso, él demostró una de las verdades más extrañas y maravillosas de la traducción, a saber: cualquier enunciado de una mínima extensión no tiene una única traducción. Todo enunciado tiene innumerables traducciones aceptables.

Y el resultado es el mismo tanto en el caso de la poesía como en el de la prosa corriente. Dele una página para traducir a un centenar de traductores competentes, y las probabilidades de que dos de sus versiones sean idénticas son casi nulas. Esta realidad de la comunicación interlingüística ha convencido a muchos de que la traducción no es un tema interesante: dado que siempre es aproximada, sería una actividad de segunda categoría. Por esa razón, la «traducción» no es el nombre de una disciplina académica asentada desde hace mucho, aunque quienes la ejercen hayan sido con frecuencia profesores en alguna otra especialidad. ¿Cómo establecer teorías y principios sobre un proceso que no concluye con resultados determinables?

Como Hofstadter, yo asumo la perspectiva contraria. La variabilidad de traducción es la prueba incontrovertible de la flexibilidad ilimitada de las mentes humanas. Difícilmente puede haber un tema más interesante que éste.

¿Qué hacen en realidad los traductores?, ¿cuántos tipos diferentes de traducción hay?, ¿qué nos dicen los usos de esta misteriosa capacidad sobre las sociedades humanas, antiguas y

actuales?, ¿cómo se relacionan las prácticas de la traducción con el uso del lenguaje en general, y con nuestras concepciones de lo que es una lengua?

Ése es el tipo de preguntas que exploro en este libro. Definiciones, teorías y principios pueden dejarse a un lado hasta que nos hayamos hecho una idea más precisa de lo que estamos hablando. No deberíamos utilizarlos prematuramente para decidir si la siguiente versión del poema de Clément Marot (una de tantas del propio Hofstadter) es buena, mala o regular. Se trata más bien de aplicar el enfoque contrario. Hasta que podamos explicar por qué la siguiente versión vale como traducción, no sabremos en realidad qué estamos diciendo cuando pronunciamos la palabra.

<i>Gentle gem</i>	<i>From your oyster bed, coy</i>	<i>Than fourteen,</i>
<i>Diadem,</i>	<i>Little pearl.</i>	<i>Silv'ry queen</i>
<i>Ciao! Bonjour!</i>	<i>See, blue girl.</i>	<i>But no more</i>
<i>Heard that you're</i>	<i>Beet-red ruby's your hue.</i>	<i>'n twenty-four</i>
<i>In the rough:</i>	<i>For your aches,</i>	<i>Golden dream,</i>
<i>Glum, sub-snuff.</i>	<i>Carat cakes</i>	<i>How you'll gleam!</i>
<i>Precious, tone</i>	<i>Are the cure,</i>	<i>Trust old Clem</i>
<i>Down your moan,</i>	<i>Eat no few'r</i>	<i>Gentle gem.</i>
<i>And fling wide</i>		
<i>Your door; glide</i>		

Valga, a modo siquiera de referencia, una posible traducción al español que procura ajustarse a los criterios de Hofstadter.

Diadema	en vuestro	ordena.
suprema,	secuestro	Sin pena,
buen día	en lecho	ya brilla
querría	maltrecho.	muy pilla
para vos.	Levanta,	con brisa
A Dios	espanta	tu risa,
le ruego	el dolor,	suprema
que el fuego	el autor,	diadema.
chispee	Clemente,	
cual nieve	urgente	

¿Es la traducción evitable?

La traducción está por todas partes: en las Naciones Unidas, en la Unión Europea, en la Organización Mundial del Comercio y en tantos otros organismos internacionales que regulan aspectos básicos de la vida actual. La traducción es parte esencial de la economía moderna, y difícilmente habrá una industria importante que no utilice o genere traducciones para sus propias actividades. Encontramos traducciones en las estanterías de nuestras casas, en las listas de lecturas de todos los cursos de todas las disciplinas que se enseñan en las universidades, en las etiquetas de alimentos envasados y en las instrucciones de montaje de muebles. ¿Cómo podríamos valernos sin la traducción? Parece fútil plantearse en qué mundo viviríamos si no hubiera traducción a todas horas y a cualquier nivel, desde los mensajes bilingües en las pantallas de los cajeros automáticos a las conversaciones confidenciales entre jefes de Estado, desde el justificante de la garantía en un reloj nuevo que acabamos de comprarnos a los clásicos de la literatura mundial.

Pero lo cierto es que podríamos salir adelante sin ella. En lugar de traducir, podríamos aprender los idiomas de las distintas comunidades con las que quisiéramos relacionarnos, o decidir hablar la misma lengua, o adoptar entre todos un único idioma común para comunicarnos con los demás. O, si nos resistimos a adoptar una lengua común y rehusamos aprender los otros idiomas que necesitamos, simplemente podemos dar la espalda a la gente que no habla como nosotros.

Esas tres opciones parecen bastante radicales, y es proba-

ble que ninguna de ellas se cuente entre las aspiraciones de los lectores de este libro. Sin embargo, no se trata de soluciones imaginarias a las muchas paradojas de la comunicación intercultural. Cada una de esas tres vías que se alejan de la traducción está históricamente contrastada. Más aún: el rechazo a la traducción, recurriendo a uno o más de los medios descritos, se acerca probablemente más a la norma histórica en este planeta que la cultura de la traducción, que hoy en día parece natural e insoslayable en todo el mundo. Una gran verdad sobre la traducción que suele mantenerse silenciada es que a muchas sociedades les ha ido bien sin ella.

El subcontinente indio ha acogido desde hace mucho a numerosos grupos que hablan una gran diversidad de idiomas. Sin embargo, en la India no existe una tradición de traducción. Hasta hace muy poco, nada se traducía nunca directamente entre el urdú, el hindi, el canarés, el tamil, el maratí y los demás idiomas. Pero aun así, durante siglos, esas comunidades han vivido pegadas en un continente atestado. ¿Cómo se las arreglaron? ¡Aprendieron otros idiomas! Pocos son los habitantes del subcontinente que han sido o son monolingües, los ciudadanos de la India han hablado tradicionalmente tres, cuatro o cinco lenguas.¹

A finales de la Edad Media, la situación era bastante similar en muchas partes de Europa. Comerciantes y poetas, navegantes y aventureros se desplazaban por tierra y por mar aprendiendo, y con frecuencia mezclando, lenguas más o menos remotamente emparentadas, y sólo los más reflexivos de ellos llegaron a plantearse si estaban hablando o no «lenguas» diferentes, o si simplemente se adaptaban a las peculiaridades locales. El gran explorador Cristóbal Colón proporciona un ejemplo excepcionalmente bien documentado de la intercomprensibilidad e intercambiabilidad de las lenguas europeas a finales del Medievo. Escribió notas en los márgenes de su ejemplar de Plinio en lo que hoy reconocemos como una forma temprana del italiano, pero utilizó topónimos típicamente portugueses —como el de Cuba— para marcar sus descubrimientos en el Nuevo Mundo. Escribió su correspondencia oficial en castellano, pero utilizó el latín para el precioso diario que llevó

de sus viajes. Sin embargo, hizo una copia «secreta» del diario en griego, y también debió de conocer el suficiente hebreo para utilizar las Tablas Astronómicas de Abrahám Zacut, que le permitieron predecir un eclipse lunar e impresionar a los indígenas que se topó en el Caribe. Debió de estar familiarizado con la *lingua franca* —una «lengua de contacto» construida con una sintaxis árabe simplificada y vocabulario extraído básicamente del italiano y el español, que utilizaban los navegantes y comerciantes mediterráneos desde la Edad Media hasta los albores del siglo XIX— porque tomaba prestadas unas cuantas palabras típicas de la misma cuando escribía en castellano o en italiano.² ¿Cuántos idiomas conocía Colón cuando cruzó el océano en 1492? Como en la India actual, donde existe cierto grado de intercomprensibilidad entre varios de sus idiomas, la respuesta tendría algo de arbitraria. Es improbable que Colón llegara siquiera a concebir el italiano, el castellano o el portugués como lenguas distintas, porque todavía no disponían de manuales de gramática. Era un hombre instruido, capaz de leer y escribir las tres lenguas antiguas. Pero, aparte de eso, no era más que un marino mediterráneo, que hablaba la variedad de la lengua que necesitara para cumplir con su trabajo.

En el mundo actual puede que se hablen hasta unas 7.000 lenguas,³ y ninguna persona podría aprenderlas todas. Entre cinco y diez idiomas parece el límite efectivo de aprendizaje en todas las culturas, por multilingües que sean. Algunos individuos obsesivos han llegado a las veinte; algunos genios de la lingüística, que se pasan la vida entera aprendiendo idiomas, han afirmado conocer cincuenta, o más. Pero ni siquiera esos cerebrillos maniacos dominan más que una ínfima fracción de todas las lenguas que existen.

La mayoría de los idiomas del mundo son hablados por grupos muy reducidos, que es la razón por la que un gran número de ellos están al borde de la desaparición. No obstante, fuera del puñado de países que hablan uno de la media docena de idiomas «mayores» del mundo, pocos habitantes de este planeta tienen una sola lengua. En la Federación Rusa, por ejemplo, se hablan cientos de idiomas, que pertenecen a las familias lingüísticas eslava, turca, caucásica, altaica y varias más.

Pero casi todos los miembros de las comunidades que hablan esas lenguas tan diversas hablan también ruso. De manera similar, en la India, no hay mucha gente que no conozca el hindi o el urdú o el bengalí o el inglés o alguna de la otra media docena de lenguas de relación intercomunitaria del subcontinente. Para relacionarse con la inmensa mayoría de los pueblos del mundo, puede que salvo una diminuta fracción, no se necesita en absoluto aprender todas sus primeras lenguas. Basta con aprender las lenguas vehiculares: lenguas aprendidas por hablantes no nativos de las mismas con el propósito de comunicarse con los hablantes nativos de una tercera lengua. Existen unas ochentas lenguas utilizadas para esa función en el mundo. Pero, dado que las lenguas vehiculares son también la lengua materna de un grupo (por lo general muy amplio), y dado que mucha gente habla más de una lengua vehicular (una de las cuales puede ser, o no, la lengua materna), usted no tiene que aprender las ochenta lenguas vehiculares para comunicarse con la mayoría de los habitantes del planeta. Le bastaría con conocer sólo nueve de ellas —el chino (con 1.300 millones de hablantes), el hindi (800 millones), el árabe (530 millones), el español (350 millones), el ruso (278 millones), el urdú (180 millones), el francés (175 millones), el japonés (130 millones) y el inglés (en algún punto entre los 800 y los 1.800 millones)— para mantener una conversación sencilla, aunque posiblemente no una negociación detallada o un debate intelectual serio, con al menos 4.500 millones o puede que hasta 5.500 millones de personas, es decir, aproximadamente un 90 por ciento de la población del mundo. (La asombrosamente amplia horquilla de la estimación del número de personas que «hablan inglés» refleja las dificultades para definir qué entendemos exactamente por «hablar inglés».) Súmele el indonesio (250 millones), el alemán (185 millones), el turco (63 millones) y el swahili (50 millones) para hacer la docena de fraile,⁴ y tendrá a sus pies el continente americano entero, la mayor parte de Europa del Atlántico a los Urales, el gran creciente del islam de Marruecos a Pakistán, una buena parte de India, un trecho considerable de África y también la mayoría de las zonas densamente pobladas de Extremo Oriente. ¿Qué más podría de-

sear?⁵ ¡Salgan de escena los traductores! ¡Que entren los profesores de idiomas! El reparto requeriría más o menos el mismo número de personajes, de manera que la pérdida neta de empleos en el mundo probablemente fuera nula.

Si parece difícil dominar trece idiomas, ¿por qué no hacer que todo el mundo aprenda el mismo? Los romanos lo tenían claro e hicieron pocos esfuerzos por aprender las lenguas de los muchos pueblos que conquistaron, con la única pero importante excepción de la de los griegos. Apenas se han encontrado vestigios de que los antiguos romanos sintieran el menor interés por aprender etrusco, umbro, los idiomas celtas de lo que ahora son Francia y Gran Bretaña, las lenguas germánicas de las tribus de las fronteras nororientales del imperio, o las semíticas de Cartago, que borraron del mapa, y de las colonias en el Mediterráneo oriental y la región del Mar Negro. Si Roma te ocupaba, aprendías latín, eso era lo que había. La consecuencia a largo plazo de la unificación lingüística del imperio fue que la versión escrita de la lengua de los romanos se convirtió en el vehículo principal de la comunicación intercultural en Europa durante más de mil años después de la caída de su imperio. La ceguera imperial a las diferencias de los demás le hizo un inmenso favor a Europa.⁶

Una unificación lingüística de la misma magnitud se ha producido en los últimos cincuenta años en la mayoría de las ramas de la ciencia. En diferentes épocas, muchos idiomas han servido como vehículo del avance científico: el chino, el sánscrito, el griego, el siríaco, el latín y el árabe entre la Antigüedad y la Edad Media; más adelante, el italiano y el francés durante el Renacimiento europeo y el principio de la modernidad. Entre 1760 y 1840, los escritos de los dos «padres de la química», Torbern Olof Bergman y Jöns Jacob Berzelius, convirtieron el sueco en uno de los idiomas de la ciencia, y durante unos cien años mantuvo un lugar prominente. El inglés y el francés siguieron siendo utilizados en numerosas disciplinas, pero el alemán irrumpió en escena en el siglo XIX con la nueva química que investigaron Liebig y otros; y Dmitri Mendeléyev, el descubridor de la tabla periódica de los elementos, ayudó a situar al ruso entre los idiomas internacionales de la ciencia antes de finales

del siglo XIX. Entre 1900 y 1940, las nuevas investigaciones científicas siguieron publicándose, a menudo con mal disimulada rivalidad, en ruso, francés, alemán e inglés (el sueco se había caído del mapa a esas alturas). Pero el mal uso que hicieron los nazis de la ciencia entre 1933 y 1945 desacreditó el idioma que utilizaban. El alemán empezó a perder su estatus como lengua mundial de la ciencia con la caída de Berlín en 1945, y, como es bien sabido, a muchos de los principales científicos alemanes se los llevaron precipitadamente a Estados Unidos y Gran Bretaña, y a partir de entonces trabajaron como anglófonos. El francés entró en una lenta decadencia, y el ruso, cuyo uso se expandió después de la Segunda Guerra Mundial y siguió siendo cultivado por razones políticas durante los años que pervivió la URSS, salió de la escena científica en 1989. Así que nos ha quedado el inglés. El inglés es el idioma de la ciencia, en todo el mundo; las publicaciones académicas de Tokio, Beijing, Moscú, Berlín y París bien se editan por entero en inglés o bien incluyen traducciones en inglés junto a los textos en las otras lenguas. En todos los países, la promoción académica depende de lo que se haya publicado en inglés. Hasta el punto de que en Israel se dice que ni el mismo Dios ascendería en ningún departamento de ciencias de la Universidad Hebrea de Jerusalén. ¿Por qué no? Porque sólo tiene una publicación, y no fue escrita en inglés. (No me creo del todo esa anécdota. El hecho de que la publicación en cuestión haya sido traducida al inglés y hasta tenga edición de bolsillo sin duda anularía los recelos del comité de ascensos.)

Pese a todo, se están haciendo esfuerzos para permitir que algunas lenguas sirvan de nuevo como dialectos locales de la ciencia. Por ejemplo, un servicio en internet patrocinado por el gobierno de Estados Unidos, worldwidescience.org, ofrece ahora búsquedas en bases de datos de otras lenguas, aparte del inglés, en China, Rusia, Francia y algunos países sudamericanos, junto con una retraducción automática de los resultados al chino, el francés, el alemán, el japonés, el coreano, el portugués, el español y el ruso. La asimetría entre las lenguas fuente y de llegada en este nuevo medio traza un mapa interesante de la actividad científica hoy en día.

Las razones por las que el inglés ha arrasado en las ciencias distan de ser sencillas. Entre ellas no deberíamos incluir la desafortunada pero extendida idea de que el inglés es más simple que otros idiomas.

Sin embargo, tampoco puede explicarse la historia y el estado actual de la lengua de la ciencia como consecuencia directa del poder económico y militar. En tres casos, unos idiomas se convirtieron en vehículos de la ciencia porque el trabajo de una única persona supuso avances que no podían ser ignorados en ninguna parte del mundo (Liebig para el alemán, Berzelius para el sueco y Mendeléyev para el ruso). Un idioma perdió su preeminencia a causa de la locura política de sus hablantes (el alemán). Lo que hemos vivido no parece tanto un proceso de imposición de un idioma, cuanto de eliminación de los otros, en un contexto en el que la comunidad científica necesita un medio de comunicación global entre sus miembros. El idioma superviviente, el inglés, no es necesariamente el más adecuado para la tarea: lo que pasa es que sencillamente no ha ocurrido todavía nada que lo elimine.

Una de las consecuencias de la propagación del inglés es que la mayoría de las personas que lo hablan y escriben en el mundo no lo tienen como lengua materna, convirtiendo a los «angloparlantes» en una minoría entre los que utilizan el idioma. Gran parte del inglés que ahora escriben los investigadores de ciencias sociales o naturales cuya lengua materna es otra resulta casi incomprensible para lectores no especialistas que creen que, dado que son anglófonos nativos, deberían poder comprender todo lo que se escribe en su lengua. Tan torpe y «desviado» es el inglés científico internacional que incluso escritores que no lo tienen como lengua propia pueden divertirse con él, como hizo Georges Perec en su famoso «informe» sobre los efectos del lanzamiento de tomates sobre las cantantes:

Recent observations by Unsofort & Tchetera pointing out that 'the more you throw tomatoes on Sopranoes, the more they yell' and comparative studies dealing with the gasp-reaction (Otis & Pifre, 1964), hiccup (Carpentier & Fialip, 1964), cat purring (Remmers & Gautier, 1972), HM reflex (Vincent et al., 1976), ventriloquy

(McCulloch et al., 1964), shriek, scream, shrill and other hysterical reactions (Sturm & Drang, 1973) provoked by tomato as well as cabbages, apples, cream tarts, shoes, butts and anvil throwing (Harvar & Mercy, 1973) have led to the steady assumption of a positive feedback organization of the YR based upon a semilinear quadristable multi-switching interdigitation of neuronal sub-networks functioning en desordre (Beulott et al., 1974).⁷

Pese a parodias y pastiches, el inglés científico internacional cumple una importante función, y difícilmente existiría si no desempeñara bien las tareas que se le asignan. Es, en cierto sentido, una forma de eludir la traducción (aunque en muchos de sus usos se trate de un texto traducido de la lengua materna del autor). Y si las ciencias naturales y sociales pueden establecer un idioma único a escala mundial, por más torpe que pueda sonar, ¿por qué no habríamos de desear que todos los demás tipos de contactos e intercambios humanos alcancen el mismo nivel de unificación lingüística? A mediados del siglo pasado, el crítico y reformador I. A. Richards estaba persuadido de que China sólo podría formar parte del concierto de las naciones si adoptaba un idioma internacional, el BASIC-E (*British-American-Scientific-International-Commercial English*), es decir, inglés británico-americano-comercial-internacional-científico. (Como su nombre indica, consiste en una gramática inglesa simplificada y un vocabulario limitado, ajustado a su uso técnico y comercial.) Richards dedicó gran parte de sus energías durante la segunda mitad de su vida a concebir, promover, enseñar y difundir esta utópica lengua de contacto entre el «Este» y el «Oeste». En cierto sentido, seguía los pasos de Lejzer Zamenhof, un intelectual judío de Bialystok (en la actualidad Polonia), que también había inventado una lengua de esperanza, el esperanto, que, según él, libraría al mundo de las confusiones y horrores causados por la multiplicidad de lenguas. De hecho, en el siglo XIX, se inventaron numerosas lenguas internacionales, en proporción directa al ascenso en Europa de movimientos independentistas nacionales basados en la identidad lingüística. Todas han desaparecido en la práctica, salvo el esperanto, que continúa siendo utilizada como lengua de cultura

por unos pocos cientos de miles de personas desperdigadas por todo el mundo, pero no lo usan para la ciencia y el comercio, sino sobre todo para traducir poesía, teatro y ficción de las lenguas vernáculas para provecho de otros esperantistas del resto del mundo.

Los europeos modernos parecen conservar cierta memoria histórica y popular del papel del latín en la Edad Media y los siglos siguientes. Pero el latín ha continuado teniendo un uso limitado como lengua internacional para los hablantes de lenguas europeas «pequeñas». Antanas Smetona, el último presidente de Lituania antes de ser ocupada por los soviéticos y luego por los nazis en 1941, utilizó el latín para su última e infructuosa petición de ayuda a los Aliados.⁸ E incluso a día de hoy, en la otra orilla del Báltico, un boletín informativo diario en latín se emite por una emisora de internet desde Helsinki.

La unificación lingüística, si algún día se produce, probablemente no se conseguirá con el latín, el esperanto, el volapük o cualquier otro «vehículo de contacto» por inventar, sino con uno de los idiomas que cuente con alguna importante ventaja de partida. Probablemente no se tratará del idioma con el mayor número de hablantes nativos (en la actualidad, el chino mandarín), sino del que cuente con el mayor número de hablantes no nativos, que en estos momentos es el inglés. Esta perspectiva aterra y consterna a mucha gente, por todo tipo de razones. Pero en un mundo en que toda la comunicación intercultural se realizara mediante un único idioma no disminuiría la diversidad de las lenguas humanas. Sólo haría que los hablantes nativos de la lengua vehicular internacional fueran menos sofisticados que los demás, pues serían los únicos que tendrían un solo idioma con el que pensar.

Las segundas lenguas, o las vehiculares, se aprenden más rápido y también se olvidan con mayor facilidad que las lenguas maternas. A lo largo de los últimos cincuenta años, incontables millones de personas de todo el continente europeo han adquirido cierto nivel de inglés, y en la actualidad es el único idioma común entre hablantes de diferentes lenguas de Bélgica, por ejemplo, o de la isla de Chipre. Por otro lado, el ruso, que era entendido y utilizado por las clases instruidas de toda

la esfera de influencia de la URSS, del Báltico a los Balcanes y de Berlín a Mongolia Exterior hasta 1989, ha sido olvidado muy rápidamente, y aun cuando no se haya perdido del todo, ahora suele evitarse su uso en las relaciones con extranjeros. Si la unificación lingüística llega a avanzar en el siglo XXI, su progreso no será determinado por las cualidades o la naturaleza del idioma unificador ni de los que éste desplaza. Dependerá del curso futuro de la historia del mundo.

Aparte del multilingüismo y la unificación lingüística, la tercera vía que se aleja de la traducción consiste en dejar de darle vueltas a lo que digan otras culturas y atenerse a la propia. El aislamiento ha sido el sueño de muchas sociedades y algunas casi lo han logrado. Durante el periodo Edo (1603-1868), Japón restringió el contacto con extranjeros a los chinos y a un puñado de aventureros holandeses, a los que se les permitió mantener un puesto comercial en una isla de la bahía de Nagasaki. En Europa, Gran Bretaña a menudo pareció regodearse en el «espléndido aislamiento» —del 22 de octubre de 1957, *The Times* sacó un famoso titular que rezaba: «Niebla en el Canal, el continente aislado»—, pero se trataba más de una pose que de una realidad. No puede decirse lo mismo del diminuto territorio de Albania. Enver Hoxha, el gobernante comunista del país entre 1944 y 1985, primero rompió las relaciones diplomáticas con su vecino más próximo, Yugoslavia, en 1948; luego con la Unión Soviética, en 1960, y más tarde con la China de Mao, en 1976. A partir de entonces, Albania se sumió en un aislamiento total durante muchos años, y en un momento dado de principios de la década de 1980, no había más que una docena de extranjeros (incluido el personal diplomático) en todo el país.⁹ Los televisores estaban sintonizados para impedir la recepción de canales de fuera del país; sólo se traducían los libros que confirmaban el punto de vista albanés sobre su posición en el mundo (y no había muchos); no se importaban libros extranjeros; los intercambios comerciales estaban tan limitados como los contactos lingüísticos o culturales, y no se contrajo ninguna deuda con el extranjero. A las puertas mismas de Europa, a sólo un paso de los centros turísticos de Corfú y los hoteles de postín del Adriático italiano, el medio siglo de

aislamiento voluntario de Albania demuestra que grupos de personas relativamente amplios a veces están preparados para renunciar a todos los supuestos beneficios del intercambio cultural.

El sueño del aislamiento se presenta de muchas maneras, y su sombra recurrente se proyecta en numerosas historias que los antropólogos nos han contado sobre sociedades sin escritura que viven en rincones remotos del mundo. En un pastiche apenas forzado de obras científicas de este tipo, Georges Perec narra, en el capítulo XXV de *La vida instrucciones de uso*, la vida de Marcel Appenzell, un discípulo de ficción del real Marcel Mauss, que partió a la jungla de Sumatra para establecer contacto con los andalams o kubus. Tras un agotador viaje a través de bosques tropicales, Appenzell da por fin con la tribu. Ellos no dicen nada. Él entrega lo que cree que son regalos tradicionales y se queda dormido. Cuando se despierta, los andalams han desaparecido. Han dejado sus regalos, abandonado sus bañías y se han marchado. Él los sigue por la jungla, los alcanza y repite lo que ya había hecho antes, convencido de que es la forma adecuada de establecer comunicación con este pueblo «pre-contactado». Pero el resultado es el mismo. Ellos se marchan. Y así siguen las cosas, una espantosa semana tras otra, hasta que el etnógrafo entiende que los andalams no quieren comunicarse con él, ni con nadie más. Se trata ciertamente de su derecho. Un pueblo puede optar por la autarquía en lugar de por el contacto. ¿Quiénes somos nosotros para decir que está equivocado?

Sin embargo, en la narración de Perec de esta historia, los andalams no sólo encarnan el orgullo y la autosuficiencia, sino también la entropía cultural y lingüística. Poseen algunas herramientas de metal que ya no son capaces de fabricar por sí solos, lo que sugiere que se trata de expulsados de una civilización más desarrollada. Su idioma también parece haber perdido buena parte de su vocabulario:

Una de las consecuencias de este hecho era que una misma palabra designaba una cantidad cada vez mayor de objetos. Así *pekee*, la palabra malaya que designa la caza, quería decir in-

distintamente cazar, andar, llevar, la lanza, la gacela, el antílope, el cerdo negro, el *my'am*, una especie de condimento muy fuerte usado copiosamente en la preparación de alimentos cárnicos, la selva, el día siguiente, el alba, etc. Del mismo modo, *sinuya*, vocablo que Appenzell relacionó con las voces malayas *usi*, el plátano, y *nuya*, el coco, significaba comer, comida, sopa, calabaza, espátula, estera, tarde, casa, tarro, fuego, sílex (los kubus encendían fuego frotando dos trozos de sílex), fíbula, peine, cabellos, *hoja* (tinte para el cabello fabricado a base de leche de coco mezclada con distintos tipos de tierras y plantas), etc.

Por descontado, el lector puede saltar sin más mediación de esta descripción de entropía léxica a la convicción casi moral de que el aislamiento es malo porque lleva (como muestra el relato) al empobrecimiento y la muerte de un idioma y de la cultura que sostiene, y, en última instancia, a la extinción de un pueblo entero. Pero Perec corta en seco ese sentimentalismo:

Si, de todas las características de las vidas de los kubus, las más conocidas son estos rasgos lingüísticos, es porque Appenzell los describió detalladamente en una larga carta al filólogo sueco Hambo Taskerson... Observa, de pasada, que tales característica podrían aplicarse perfectamente a un carpintero occidental que, usando herramientas con nombres muy precisos —gramil, acanalador, bocel, garlopa, garlopín, escoplo, guillame, etc.—, se los pidiera a su aprendiz diciendo sencillamente: «Dame el trasto ese».¹⁰

El lacónico carpintero de Perec puede servir de advertencia para quienes lamentan demasiado ruidosamente la pérdida de la competencia lingüística entre (por ejemplo) los adolescentes y estudiantes actuales. La habilidad como artesano del carpintero no se ve afectada por el tipo de palabras que utiliza para desempeñar su oficio porque no hay relación de causa efecto entre la entropía lingüística y la mayoría de las riquezas culturales. La pérdida de un léxico o su sustitución por otro menos refinado no tiene un impacto general sobre lo que la gente puede hacer.

De manera similar, sería insensato creer que el aislamiento es la causa de que las lenguas se marchiten y mueran. En realidad, el aislamiento puede ser el suelo más fértil para la diversificación y el enriquecimiento de las formas de habla: las innumerables jergas distintivas que crean los grupos de adolescentes en todas las culturas proporcionan un buen ejemplo de lo apuntado.

Ciertamente, hay muchas actividades muy gratificantes que realizamos relacionándonos con otras personas, entre ellas hablantes de otras lenguas, para las que no se necesita ninguna palabra.

Mi padre hizo una vez un viaje a Portugal. Al deshacer las maletas se dio cuenta de que se había olvidado de llevar las zapatillas de andar por casa. Salió, encontró una zapatería, eligió el calzado que le faltaba, hizo que el dependiente le trajera el número apropiado (39 E), pagó la compra, comprobó el cambio, dio las gracias, se despidió con un gesto y volvió al hotel, y lo hizo todo sin pronunciar una sola palabra, en ningún idioma. Todo hablante de una lengua humana ha debido de tener una experiencia igual o muy parecida de una comunicación intercultural sin palabras como la anterior. Utilizamos la lengua para comunicarnos, y la lengua que utilizamos sin duda tiene cierta influencia en qué, con quién y cómo nos comunicamos. Pero eso es sólo una parte del todo. Sería tan artificial reducir el abanico de la comunicación al lenguaje hablado o escrito como lo sería restringir un estudio de la nutrición humana a las cartas de los menús de los restaurantes que aparecen en la guía Michelin.